

LOVELY ELA Y EL LIBRO ENCANTADO



TEAMCOMPAS

mī

LOVELY ELA

Y EL LIBRO ENCANTADO

© Lovely Ela, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones de cubierta e interior: © Third Guy Studio, 2022

Diseño de cubierta e interior: María Pitironte

ISBN: 978-84-270-4957-4

Depósito legal: B. 1.109-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

INDICE

Prólogo

El libro prohibido, 10

Capítulo 1

Una sombra misteriosa, 18

Capítulo 2

La leyenda de Celeia, 35

Capítulo 3

¡El mundo se ha vuelto loco!, 52

Capítulo 4

Donde marca la equis, 69

Capítulo 5

Celeia, 88

Capítulo 6

La sombra de Ela, 105

Capítulo 7

Atrapada en la pesadilla, 120

Capítulo 8

Nunc moriatur, 136

Capítulo 9

Un plan apestoso, 152

Capítulo 10

Ela vs. Ela, 168

Epílogo

La sala de los secretos, 186

Capítulo 1

UNA SOMBRA MISTERIOSA

En la actualidad

«Malditos dinosaurios» —pensó Ela—. «Han dejado todo destrozado, los Compas me deben un favor y bien grande después de esto».

Ela continuó recogiendo todos los cuadros que habían quedado tirados por el suelo y dando órdenes a los de mantenimiento sobre dónde colocar las estatuas que no habían sido destruidas.

Todo aquello era un desastre. El museo había sido la zona cero del ataque de los dinosaurios que casi destroza toda la ciudad en una de las tantas aventuras de los Compas. Y ahora a ella le tocaba volver a ponerlo todo en orden.



El museo era como una segunda casa para ella. Llevaba trabajando allí desde que tuvo edad para poder hacerlo, y mucho antes de eso iba todos los fines de semana con su abuela.

Ahora el museo se encontraba cerrado al público y muchas obras de arte habían quedado destruidas, pero estaba lleno de trabajadores que intentaban volver a colocar todo en su sitio, y Ela confiaba en que todo volvería a ser como antes. Pobre Ela, no sabía que después de ese día nada volvería a ser igual.

En ese momento, Laura, una gran amiga y compañera de trabajo de Ela, pasó casi corriendo a su lado. Ela la miró extrañada, pero decidió no preguntar. Laura solía ser un torbellino, siempre contenta, siempre cantando, siempre corriendo de un lado a otro.

Pero volvió a pasar junto a ella de la misma forma un par de veces más hasta que Ela la detuvo.

—¿Estás bien? —No parecía estarlo.

—Dinero —contestó Laura con los ojos muy abiertos y demasiado quieta de repente.

—¿Dinero?

Laura, igual de anonadada, asintió y Ela la zarandó para hacerla salir de su trance.

—¡Vamos a perder mucho dinero! —gritó Laura saltando de entre sus brazos—. Esto es un desastre, las cuentas no cuadran, todo está roto... —Agarró a Ela y esta vez fue ella quien la zarandó, más nerviosa de lo que ya era normal en ella—. ¡El museo está a punto de entrar en bancarrota!

—Ya, bueno —dijo Ela encogiéndose de hombros.

—¡**YA, BUENO?!** —explotó su amiga.

—Es broma, tonta —rio Ela—. Todo saldrá bien.



Laura la observaba con los ojos muy abiertos y sin apenas escuchar. Se mordía las uñas y hacía ruiditos muy molestos con los zapatos.

Ela, sin saber que más hacer, la abrazó.

—No puedes entrar en estado de nervios por una pequeña crisis. —La soltó—. Aquí siempre pasa algo.

Laura no respondió, pero la tensión de sus hombros disminuyó visiblemente. Entonces empezó a poner cara rara, como si hubiera visto algo desagradable. Ela miró a su alrededor, pero nada parecía diferente.

—¿Hueles eso? —preguntó Laura cambiando de tema de repente.

Ela se olió la ropa con disimulo. Estaba muy estresada por el tema del museo y no había tenido tiempo de ducharse. Igualmente respondió que no.

Laura, desconfiada, se acercó a Ela y la comenzó a olisquear con cara de asco.

—**Huele a podrido.**

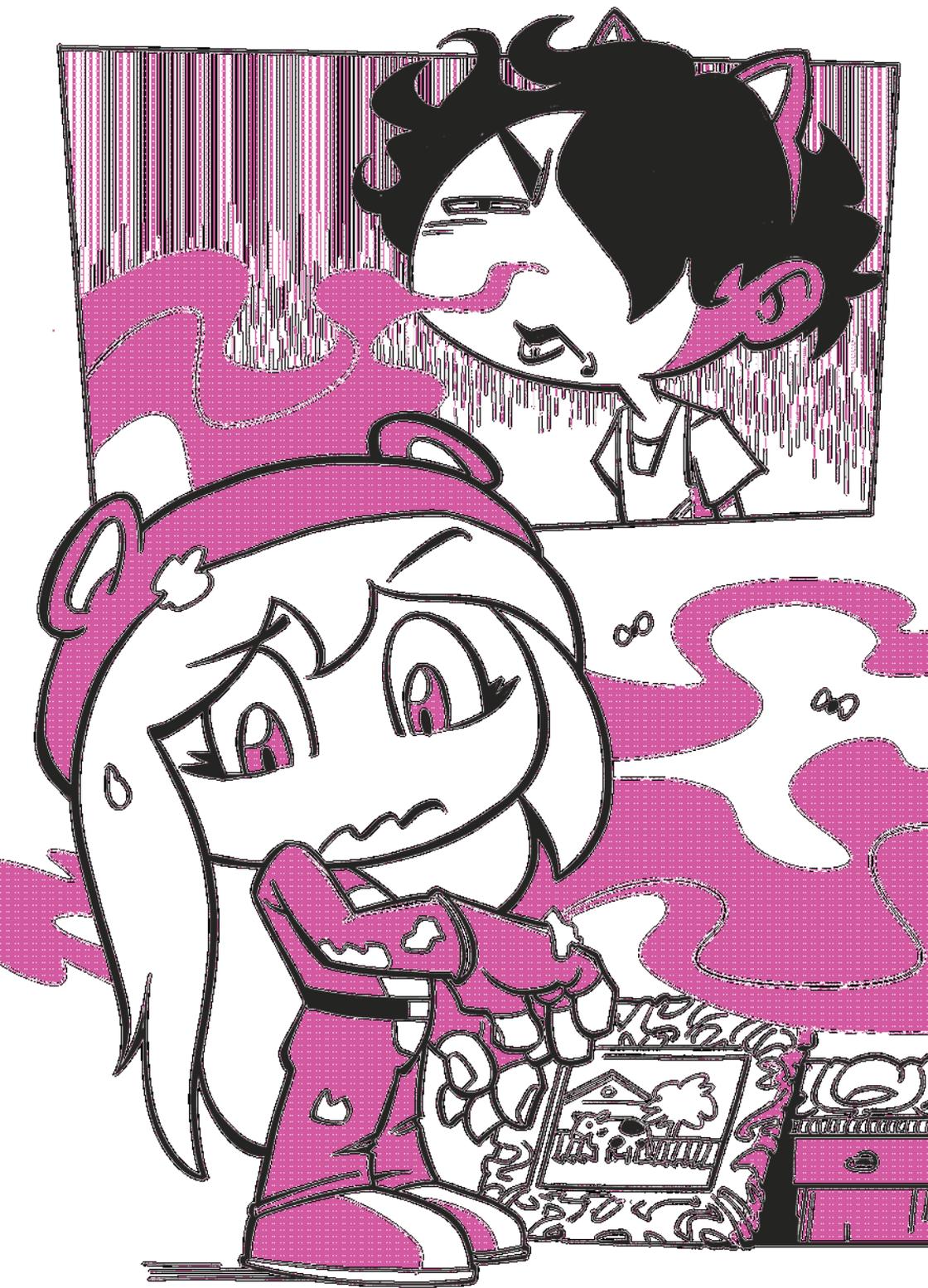
—¡Ah, eso! —respondió Ela aliviada—. Es baba de dinosaurio —dijo al tiempo que a Laura le caía un pegote en el pelo y abría los ojos como platos—. Está por todas partes...

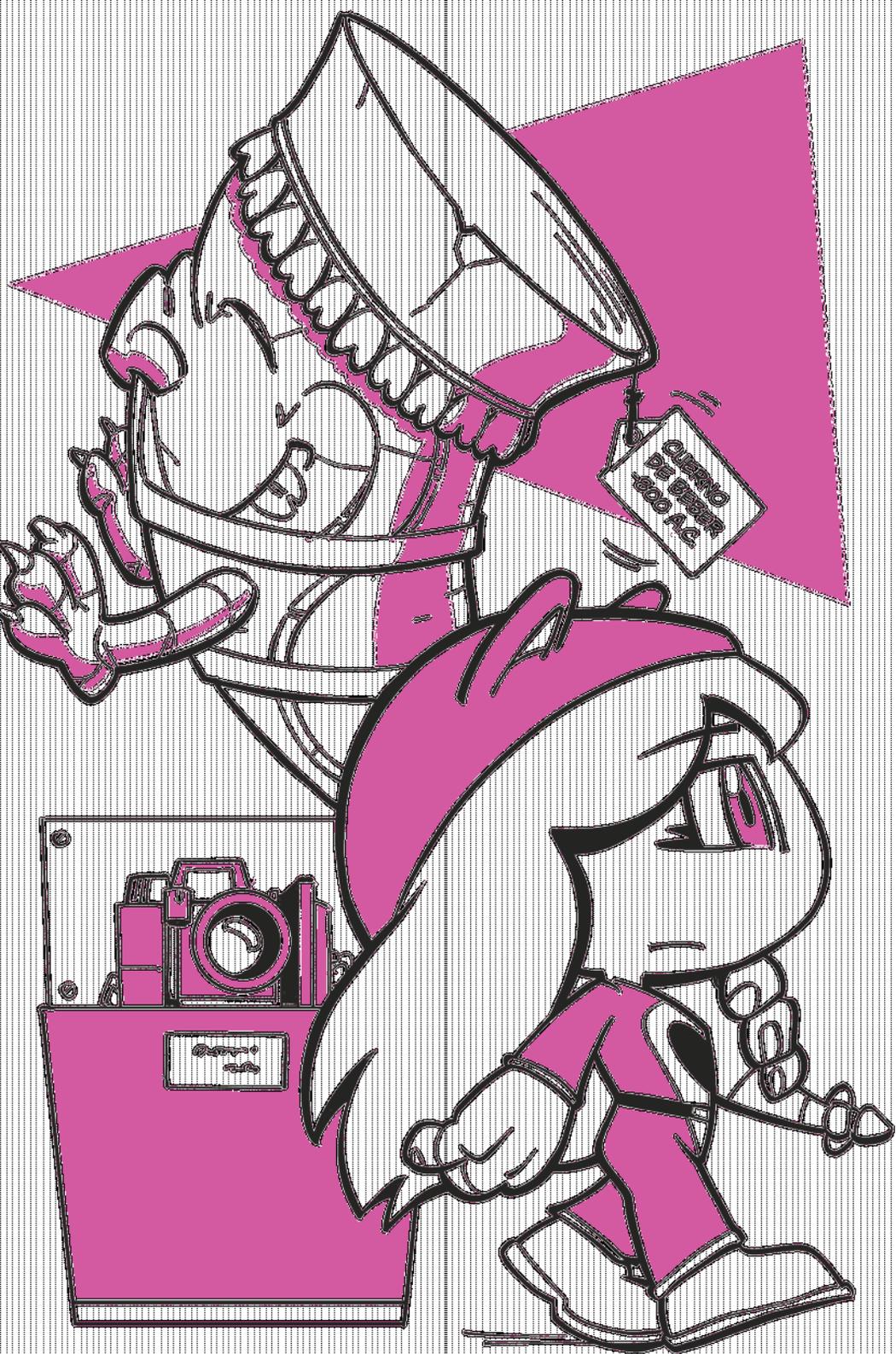
Sin darle tiempo a decir una palabra más, Laura salió corriendo hacia el baño, a punto de vomitar.



Horas más tarde, Ela aún se encontraba sumida entre el papeleo y las obras de arte que no sabía ni cómo identificar.







Iba de una sala a otra colocando objetos y poniendo notas adhesivas sobre aquellos que no sabía lo que podrían ser, para catalogarlos más tarde.

Entre todos aquellos objetos encontró una especie de cuerno que no había visto nunca y decidió llevarlo a la sala prohibida, que en realidad no estaba prohibida, pero era el nombre que los empleados del museo le habían dado, ya que nadie quería ir nunca por allí. Era oscura y húmeda, y en ella se guardaban todos aquellos objetos sin identificar que no estaban expuestos al público por razones que nadie sabía. Al fin y al cabo, eran órdenes de la directora.

La sala prohibida siempre estaba vacía y era como una vieja biblioteca llena de libros polvorientos y objetos raros. Además, había rumores de que de dicha habitación a veces salían luces o se oían ruidos extraños, y muchos de los empleados juraban haber visto sombras pasear por allí.

Ela nunca había visto ni oído nada. Siempre había supuesto que todos aquellos hechos «paranormales» eran en realidad el Dr. Gruñonus, el historiador del museo, merodeando por la sala intentando clasificar objetos o tratando de buscar explicación a artefactos extraños que las personas llevaban a su tienda de antigüedades.

Pero algo extraño pasó esta vez...

Cuando Ela abrió la puerta de la sala prohibida una luz cegadora lo iluminó todo, seguida de un violento estruendo. Ela sintió el sonido de los cristales al romperse, de las hojas de los libros al salir volando y un pesado ruido, como el de una persona al caer al suelo. Pero aquello era imposible, pues Ela era la única persona que quedaba en el museo.



Cuando la luz se extinguió y pudo abrir los ojos, oyó pasos rápidos en algún lugar de la enorme sala. Sin pensarlo, salió corriendo hacia el sonido de las pisadas que se dirigían a la salida. Sus ojos aún no eran capaces de ver con claridad, pero distinguió sin lugar a dudas a una persona saliendo por la puerta trasera, que debería haber estado cerrada con llave.

Ella apenas veía nada, pero la persona a la que seguía tenía una vestimenta tan oscura que era como perseguir una sombra. Llevaba una capucha que le ocultaba la parte de atrás de la cabeza y ella creyó ver orejas redondas cosidas en la tela.

La siguió a toda velocidad, pero al atravesar la puerta se encontró en la calle, en un callejón oscuro detrás del museo, y estaba completamente sola.

Volvió sobre sus pasos sin creer lo que había visto, pues no era posible. ¿Una persona que de espaldas parecía ser igual que ella? Era una idea descabellada. El miedo y la falta de visión debían de estar jugándole una mala pasada, pues solo vio una sombra. Pero algo estaba claro: no había estado sola en aquella sala.

Regresó a la zona principal para comprobar los daños. Había libros desperdigados por los suelos y mantas que cubrían obras de arte tiradas de cualquier manera, y en una esquina oscura de la sala, tan oscura que parecía oculta, había un antiguo atril de madera volcado en el suelo y rodeado de cristales.

Ella ya lo había visto antes. Era un atril que sostenía una bonita caja de cristal que protegía un viejo libro, pero este no se encontraba por ninguna parte...

Ella ignoraba por qué, pero sabía que aquel libro era muy importante.







Más de una vez se había sorprendido observándolo sin saber siquiera en qué momento había decidido ir a la sala prohibida. Era un libro hermoso y le resultaba familiar, aunque no recordaba haberlo visto nunca. Era como si al mirarlo pudiera escuchar una bella melodía en su cabeza.

Tenía que avisar a alguien de que el libro había sido robado. Pero ¿a quién? Si se lo contaba a la directora estaría despedida. Nadie iba a creer su historia, especialmente la directora, que siempre había sido tan estricta con ella. ¿Una sombra que apareció de la nada robó un valioso objeto de la sala prohibida, salió corriendo por una puerta cerrada y después desapareció? Incluso a ella le costaba creerlo.

Tendría que encontrar el libro ella sola antes de que alguien descubriera que ya no estaba.

Bueno, no tenía por qué hacerlo completamente sola...



Ella no se lo pensó dos veces: no había personas más capacitadas para ayudarla. Al fin y al cabo, siempre lograban salir de todos los problemas en los que se metían, que no eran pocos.

Sin esperar un segundo más, llamó a los Compas, que contestaron al quinto tono.

—Hola —respondió una voz somnolienta, por lo que Ella supuso que era Timba. Al fondo se oían voces gritando y ruidos extraños.



—¡Hola, Timba! —dijo Ela, pero como única respuesta escuchó unos leves ronquidos—. ¿Timba?

Estaba a punto de colgar cuando oyó una voz al fondo preguntar quién llamaba, pero él tampoco recibió respuesta.

—¡Deja de comerte mis libros, Mike! —dijo Trolli un segundo antes de coger el teléfono—. ¿Hola?

—¡Hola, Trolli! Soy Ela. ¿Llamo en mal momento?

Trolli tardó un momento en contestar, pero cuando lo hizo su voz sonaba más profunda y calmada, lo que hizo que Ela se sonrojara.

—No pasa nada. ¿En qué puedo ayudarte?

—Trolli, ¿por qué pones esa voz? —preguntó Mike al fondo. Trolli le chistó y le dijo que era Ela—. ¿Es Ela? No le digas lo del hueso de pterodáctilo que me llevé del museo.

—¿Que hizo qué?!

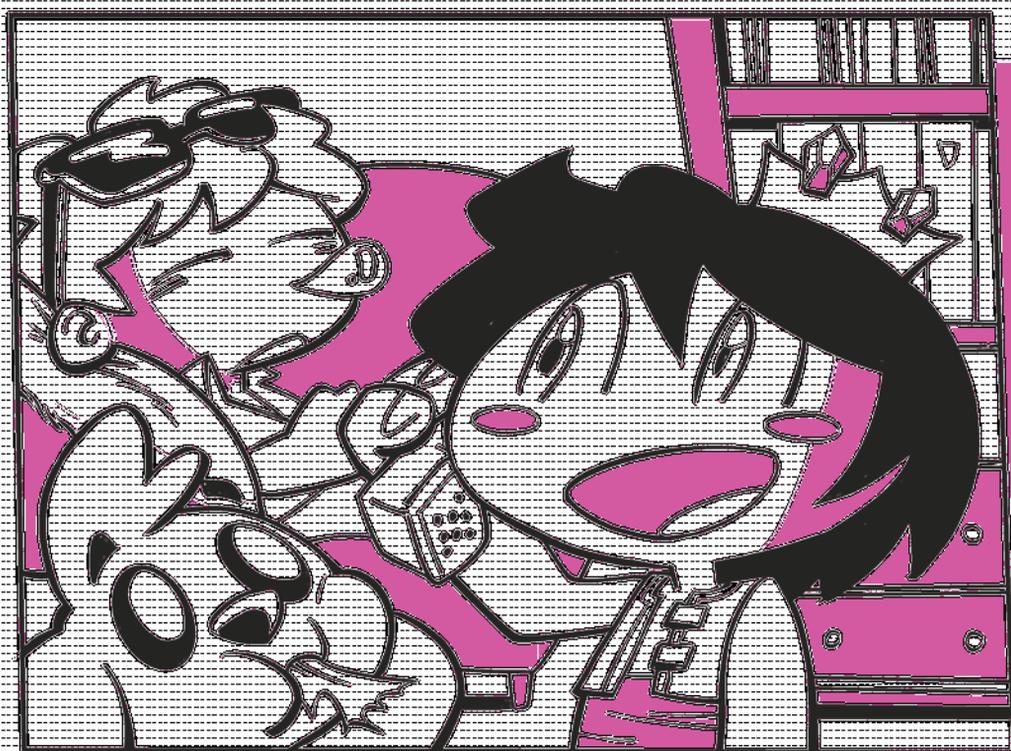
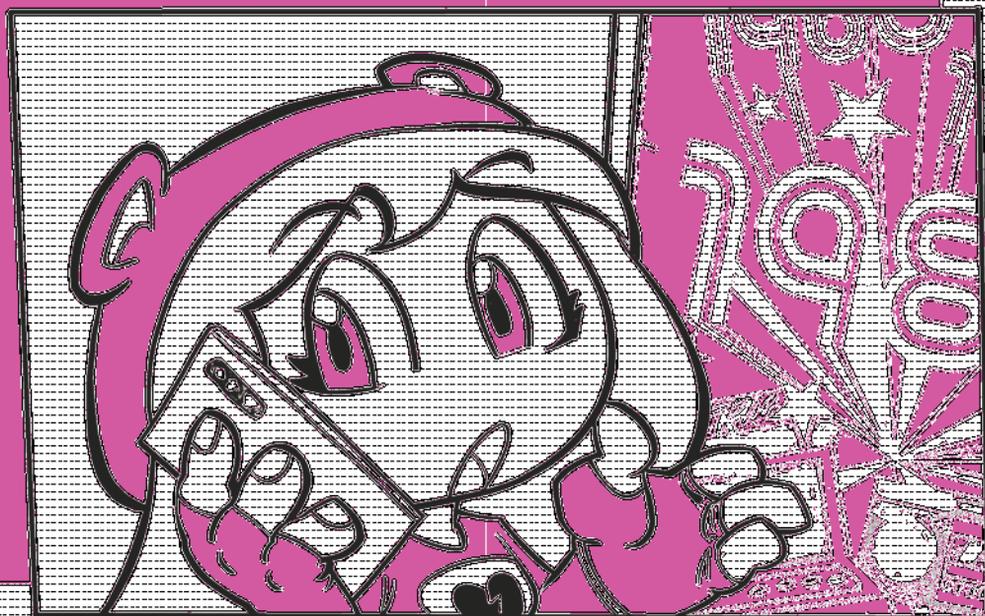
—¡Uy! Estaba tapando el auricular que no era —respondió Trolli—. Nada, nada, Mike con sus bromas. En fin... ¿En qué puedo ayudarte? —volvió a preguntar con la misma voz de antes.

—Verás, como ya sabrás, el museo quedó destrozado después del ataque de los dinosaurios...

—Ah..., esto..., sí..., yo..., eh..., perdón...

—Alguien ha aprovechado el caos y ha robado algo muy importante de la sala prohibida —dijo Ela, interrumpiendo sus balbuceos—. O eso es lo que creo que ha pasado..., y necesito encontrarlo antes de que alguien se dé cuenta de que falta.

»Además... —Ela no quería ni plantearse esa posibilidad, pero era muy factible—, el objeto podría ser peligroso. No habría estado oculto dentro de una sala prohibida durante tantos años si no fuera



así. —No quiso preocupar a Trolli, pero sentía en sus huesos que algo terrible estaba a punto de pasar.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó este.

—Había pensado que quizás podríais ayudarme a encontrarlo antes de que sea tarde...

De repente se oyó a Timba gritando al fondo y a Mike riéndose a carajadas.

—¡Cómo se te ocurre despertar a alguien así?! Como te pille... —oyó decir a Timba.

—Creo que mejor iré solo, Timba y Mike están... —dijo al tiempo que se oía un enorme estruendo detrás y a Mike riéndose a carcajadas otra vez— ocupados.



Trolli no tardó mucho en llegar, y cuando lo hizo a Ela le pareció ver algo diferente en él, parecía haberse... ¿peinado? Y olía... Oh, por Dios, el olor a perfume era tan fuerte que hacía que a Ela le lloraran los ojos. Al menos camuflaría el olor de la baba de dinosaurio, algo era mejor que nada.

Cuando Ela abrió la puerta del museo, Trolli se apoyó en el marco de la entrada y con esa extraña y profunda voz dijo:

—Hola.

Ela entrecerró los ojos. No sabía lo que esa voz significaba, podría ser que le cayera bien o que se estuviese ahogando.

—¿Estás bien? —le preguntó Ela—. ¿Te pasa algo en la garganta?







Trolli se enderezó rápidamente, pero cuando fue a hablar le salió una voz muy aguda. Carraspeó y lo intentó de nuevo:

—Hola —dijo esta vez con voz normal mientras se rascaba la cabeza—. Ya estoy aquí.

—Ya veo —contestó Ela sin saber qué más decir, así que decidió comenzar a relatar los hechos: lo que había visto o había creído ver, el objeto robado y las consecuencias que tendría si no lo encontraba, mientras caminaban hacia la sala prohibida.

—Estaba sola en el museo cuando todo sucedió, ya que era la hora de comer, pero pronto volvería a llegar gente, así que bajé todas las persianas y cerré la puerta con llave, aunque casi nunca venga nadie por aquí...

—¿Es esta la sala? —preguntó Trolli al llegar a la puerta.

—Sí. —Ela abrió la puerta y le dio al interruptor, pero la luz no se encendió—. Deben de haberse roto las bombillas cuando todo pasó. Bueno, usaremos linternas —dijo al tiempo que sacaba su móvil y encendía el flash.

Se adentró en la sala, pero no oyó pasos detrás de ella, así que se giró. Trolli aún se encontraba en la puerta y no parecía querer entrar.

—O podrías abrir las ventanas —sugirió este.

—No me gustaría que nadie nos viese..., con la linterna se ve bien —dijo Ela restándole importancia, pero no pareció convencer a Trolli, que seguía sin moverse—. No te preocupes, hay gente que dice ver sombras fantasmales y oír ruidos aquí, pero estoy casi segura de que no es nada.

—¿Casi?!

¡Ups! Había metido la pata.



—Totalmente segura —rectificó—. Te prometo que estamos solos, no hay nadie ni nada aquí. Además, tú pareces ser muy valiente.

Al oírlo se le hinchó el pecho a Trolli y entró decidido en la sala.

—Claro —dijo con voz profunda—. Por supuesto. Yo... —La puerta se cerró de golpe tras él—. ¡AAAHHHHHHH! —El agudo sonido del grito de Trolli hizo creer a Ela que se quedaría sorda—. ¡Melocotón! ¿Quién ha hecho eso? —preguntó apuntando con la linterna para todas partes.

—La puerta es automática... —le informó Ela.

—Ah... Ya... —carraspeó—. Esa era mi segunda opción.

—¿Y cuál era la primera?

—No importa —dijo Trolli poniéndose a su lado.

Ela caminó junto a él hasta el otro lado de la sala y le mostró el atril, que había vuelto a poner de pie, aunque seguía rodeado de cristales.

—Esto es. De aquí robaron el libro. No sé para qué sirve, ni lo que contiene, ni cuán peligroso puede llegar a ser. Pero siento en los huesos que nada bueno puede salir de esto. No sé por qué ni sabría cómo explicarlo, pero ese libro es muy importante y debemos encontrarlo.